

PRESENTACIÓN

SIETE TEXTOS integran el contenido básico del presente número.

En tres de ellos, ubicados en áreas diversas del campo inmenso y ambiguo de las discusiones morales contemporáneas, hallamos una marcada insistencia en exigir claridad sobre dos cuestiones fundamentales (fácilmente olvidadas) como son, el carácter específico del razonamiento ético, que lo hace insustituible frente a cualquier otro tipo de discurso racional (sociológico, político, técnico, etc.), y la ineludible necesidad de ese tipo específico de razonamiento, para hallar soluciones íntegras y eficaces para aquellos problemas en cuya superación la humanidad se juega hoy su destino.

Aunque sólo en uno de estos textos "*Ciencia y ética desde una perspectiva de comunidad*" se abordan con cierta amplitud y precisión estas dos cuestiones, el requerimiento de claridad sobre ellas se encuentra también en los otros dos. En todos ellos se refleja la convicción de que el tratamiento de aquellos problemas específicos de los seres humanos, que por su extensión, complejidad y radicalidad afectan a las condiciones de posibilidad del desarrollo equilibrado de la especie y de la identidad de cada uno de los integrantes de ella, requiere la presencia orientadora de un pensamiento ético riguroso. Esto es, de un pensamiento racional creativo, capaz de interpretar y expresar las dimensiones esenciales del hacer humano en su concreta historicidad. Sólo este tipo de pensamiento puede garantizar al hombre la justificación moral de sus acciones, sin la cual la vida humana o se condena a permanecer siempre en situación de minoría de edad o se degrada hasta el plano de lo puramente instintivo.

Desde estas convicciones y supuestos, asumidos de manera más o menos explícita y con formulaciones diversas, tejen los autores de estos trabajos sus propuestas sobre las cuestiones concretas que pretenden ilustrar: 1) La urgente necesidad de construir una "*Ética ambiental*" sobre bases propias, acordes con la insondable novedad de nuestro tiempo –y no sobre principios inercialmente heredados o tomados en préstamo de viejos sistemas morales o cosmológicos–, de modo que permitan estructurar soluciones radicalmente nuevas para situaciones y problemas hasta ahora inéditos en la vida de la humanidad. 2) La búsqueda de enfoques y criterios para pensar adecuadamente el concepto de "*Calidad de vida*" que, con frecuencia hoy sustituye a conceptos tradicionales como "vida buena", "bienestar", "felicidad", "bien vivir" o "auto-realización", pero que comunmente se le reduce a una simple (o "simplista") ecuación técnica entre el volumen de los deseos y la cantidad de objetos disponibles para satisfacerlos. 3) La determinación de las diferencias y semejanzas entre "ciencia y ética" y la aclaración del concepto de verdad en el discurso propio de la ética.

En momentos de sobreproducción, de imprecisión y, en ocasiones, de empobrecimiento, y hasta banalización del discurso ético, resulta reconfortante el interés, que aquí registramos, en llamar nuestra atención con enérgica claridad sobre algunos caracteres esenciales del pensamiento ético y en actuar según ellos.

Otros dos textos, guardadas las diferencias que los separan (las áreas temáticas, los objetivos inmediatos y las modalidades discursivas), muestran también coincidencias profundas. Ambos presentan ideas, teorías, análisis o comprobaciones que apoyan los esfuerzos de importantes líneas de la reflexión filosófica contemporánea que se esfuerzan en mostrar la unidad básica de nuestra experiencia del mundo y en superar, en todos los campos de la realidad, el objetualismo dicotómico (objeto-sujeto) propio de la modernidad. Me refiero aquí a los textos "*Cézanne y el pensamiento inmanente*" y "*Significados provisionales metafóricos*", en los que, más allá de evidentes disimilitudes, se podrían encontrar algunas convergencias fundamentales. Por ejemplo: una concepción interactiva de la relación hombre-mundo; la existencia de modos no representacionales en nuestro conocimiento del mundo; la visión de la realidad como proceso de creación y de cambio permanentes, dentro de

ciertas regulaciones dinámicas y variables, y la aceptación –o al menos, la no-exclusión absoluta– de una cierta afinidad o efectiva coimplicación básica entre todas las formas de la realidad, afinidad o coimplicación que hace posible la asimilación cognoscitiva, la transferencia emocional y hasta una cierta simbiosis entre órdenes o dominios de lo real suelen concebirse como separados por barreras infranqueables. Tras estas presumibles coincidencias entre ambos textos, sería posible descubrir una cercanía tanto más valiosa cuanto menos intencionalmente buscada, entre líneas de pensamiento filosófico consideradas, por lo general, como radicalmente divergentes. Podría hablarse aquí de una proximidad en cuestiones de fondo –con frecuencia inadvertida– entre nietzscheanos, existencialistas y analíticos.

En el ensayo sobre Cézanne, se intenta hacer una lectura, desde supuestos nietzscheanos, de la concepción de la realidad que subyace en la obra de ese pintor. Es una lectura que niega, ante todo, que la realidad se halle escindida en dos áreas que permanecen eternamente externas la una de la otra: el mundo de lo objetual y el mundo de la subjetividad. El hombre sería un elemento de la naturaleza, uno de los múltiples esquemas o sistemas de fuerzas que conforman la naturaleza. En esta concepción de la relación hombre-naturaleza, el cuadro que realiza un pintor no puede entenderse como la reproducción de una imagen que preexiste en la naturaleza o en la mente del pintor con anterioridad a su realización, el cuadro no es distinto del fenómeno, de lo devenido en el hecho mismo de su producción. El cuadro, en cuanto tal, no es más que el resultado de la interacción de distintos esquemas de fuerzas naturales: las fuerzas del órgano visual humano y los de otros esquemas dinámicos de la naturaleza. Esos esquemas interactúan conforme a una "lógica" inmanente a la dinámica total de la realidad. Ninguno de tales esquemas o sistemas de fuerzas queda por fuera del otro. La potencia visual y el pensamiento del pintor, lo mismo que la luz, la tela, los colores, el contexto, son elementos constitutivos e insolubles del cuadro, y se hallan en permanente interacción. La idea o la visión que el hombre tiene del cuadro o de cualquier otra realidad, interior a esa misma realidad, es un pensamiento inmanente.

El artículo "*Significados provisionales metafóricos*", más allá de su propósito inmediato –que se limita a ofrecernos una explicación técnica dentro del ámbito semántico, sobre el modo en que se producen

los significados nuevos inherentes a las preferencias metafóricas—, nos permite ver que la metáfora, lo mismo que la obra pictórica, supone una forma, tanto de ver el mundo como de hallarnos en él, muy distinta a las usuales o convencionales. La metáfora nos coloca en un nuevo horizonte de posibilidades y de experiencias interactivas y creadoras frente al mundo. La metáfora —lo mismo que la obra de arte y otros modos no específicamente intelectivos, especulativos o técnicos, de interacción con el mundo—, resulta un mecanismo o instrumento eficaz, de extraordinaria potencia, para la ampliación del horizonte real del mundo (libera nuevas fuerzas y crea nuevas posibilidades para la transformación de nuestras formas de vida). La metáfora se produce también según una lógica que le es propia, cuyo funcionamiento es posible describir, al menos parcialmente

No tratamos aquí de destacar la validez teórica o explicativa de las posiciones aludidas; eso lo podrán hacerlo los lectores de ambos textos. Lo que se quiere resaltar es la importancia y la urgencia de intentar, sistemáticamente, nuevos caminos para comprender, expresar y comunicar, en su compleja integridad, la experiencia humana para liberarla de los reduccionismos, de toda especie, a los que aún se halla sometida.

Finalmente, los otros dos textos —*"La Escolástica americana del siglo XVIII y la supuesta 'tibetanización' de la cultura hispana"* y las *"Reseñas Bibliográficas"*—, responden al interés permanente de esta revista en ofrecer, desde diferentes perspectivas, nuevos aportes al conocimiento del proceso del pensamiento filosófico en Colombia y en Latinoamérica, tanto en el presente como en su historia. Para los pueblos que se hallan "en vías de desarrollo" dentro de un proceso inexorable de mundialización, la preservación de su identidad cultural constituye un imperativo prioritario impostergable. Dado que, en el contexto de la cultura occidental, la filosofía ha sido, y sigue siendo, una de las bases de esa identidad, trabajamos decididamente, por una parte, en hacer visible a los ojos de la comunidad filosófica mundial la vigencia y los logros actuales de esta disciplina en Colombia y, por otra parte, en rescatar para nosotros mismos y para todo el mundo, la importancia y la verdad histórica de nuestro pasado filosófico. En esta línea se ubica el artículo sobre la Escolástica americana, que pretende demoler con datos irrefutables, uno de los prejuicios más inveterados sobre esa etapa de nuestra historia.